

El efecto Rawitz

La tragedia tiene un componente atractivo, fascinante, es sin duda el hado o *fatum* de pensar de una manera determinista: todo estaba predicho para que concluyese de esa forma. De manera que, aquello que resulta fascinante, es explorar *ab initio* esos elementos que, consideramos de manera aislada nada dicen, pero que en su conjunto permiten construir una destinación, un destino.

La paradoja de la tragedia es que la contemplación del sufrimiento —la tragedia es en definitiva la historia de una fatalidad— produce placer, lo cual se justifica en teoría por una condición instructiva: del sufrimiento extraemos sabiduría. Pero este principio no basta para agotar la brutalidad de la paradoja. El placer en la actualidad ha sido reemplazado por la fascinación por la sencilla razón que, como ya señala Nietzsche, el placer de la cultura Occidental es casi siempre indirecto o doble: no es el sufrimiento de la tragedia aquello que puede dar placer sino sus consecuencias. Por ello la fascinación ocupa su lugar: porque es esta primera atracción intensa hacia la desgracia ajena, narrada como destino, aquello que, leído luego a otros niveles, produce un placer individualista: la sensación de seguridad, de que aquello que le sucede a otro no puede ya sucedernos a nosotros, la idea de que hay elementos (de los cuales estamos convencidos no participamos) que coadyuban a una fatalidad concreta, la sensación de estar fuera de algo que ha acabado mal, el reforzamiento de una conducta individual que estamos convencidos nunca nos llevará a un mismo desenlace, la seguridad, en definitiva, de que existe una lógica implacable, un mecanismo de causa-efecto, que explica toda evolución.

Cuanto menos conocidos son los elementos y personajes de una tragedia, más su fascinación es impactante. Y existe una relación directa entre el resentimiento social que consagran y desarrollan las democracias Occidentales y el sentido de tragedia, en tanto esta es observada como una *reivindicación natural* de la injusticia, como si la fatalidad, el sentido de *fatum*, de las narraciones fuese una deriva natural de las sociedades contemporáneas, de la

superpoblación del planeta, de la proliferación de automóviles, del desarrollado descontrolado de las urbes, de la irreversible contaminación del medio ambiente.

Benjamin Rawitz era un pianista de origen judeo-polaco, nacido en Haifa en 1946, que tenía nacionalidad alemana pero vivía en Bruselas. Había realizado estudios en la Universidad de Tel-Aviv, en el conservatorio Real de Bruselas y en el conservatorio de música de Ginebra. Fue muerto el 29 de agosto de 2006. El elemento determinante en una tragedia es que un elemento fatídico cambia de sentido a una narración que hasta ese momento seguía un parámetro diverso. El hecho que Rawitz, por ejemplo, fuese asesinado a golpes en su casa para robarle un automóvil viejo y desvencijado ha modificado para siempre su biografía, la narración de su vida y todo aquello que de él sabemos o sabremos. Esto es en esencia aquello que indicamos como el *efecto Rawitz*: la pérdida brutal de una serie de significados personales que son asignados a una otra secuencia, a una narración nueva y diferente. La violencia es asimismo otro componente característico aquí: la tragedia no se realiza por un sino fatídico ajeno a la voluntad de los hombres sino, por el contrario, por un estado permanente de violencia que caracteriza la vida comunitaria. El *efecto Rawitz* es en definitiva la manera en que construimos públicamente en la actualidad, en el presente, una subjetividad. Más aún, la manera mediática en que lo que llamamos espacio público es construido se vincula directamente a esta construcción constante de narraciones a partir del *efecto Rawitz*.

La tragedia también comienza por esto: porque la notoriedad, la visibilidad de un personaje, reside menos en los eventos de su biografía que en el rol que los mismos ocupan en la constitución de la fatalidad: es la muerte violenta en Rawitz aquello que hizo trascender su nombre en los *media*, no su música ni sus conciertos. En este sentido la tragedia, contrariamente a lo que se piensa, confirma la *oscuridad* de los personajes trágicos en términos personales: la tragedia no exhibe sino que oculta a partir del estereotipo, todos somos los mismos, recorreremos las mismas destinaciones, frente a la tragedia.

La tragedia tiene asimismo un componente de absurdo, de despropósito, de incoherencia: un músico que se educa treinta años de su vida en un arte y un fin abrupto quita sentido, viabilidad, a esa trayectoria y desplaza todo hacia una línea nueva, diferente, de destinación. Vistos en sus detalles particulares el absurdo vital no es plausible, pero puestos en perspectiva mediática —y en el espacio público los individuos *no son* más que mediáticos— el sentido de *destinación* oblitera los principios, las razones y los motivos, que hasta ese momento fueron

relevantes. Y lo *trágico* es precisamente no sólo un hecho mortuorio, sino el hecho *suplementario* de este *cambio de signo*, de esta modificación radical.

Este sentido de trágico/tragedia que el *efecto Rawitz* ilustra asume que la violencia es parte constitutiva e indispensable del espacio público, y de los elementos cotidianos de todo individuo. Y la violencia no es sólo física, sino, y sobre todo, simbólica, de significado, y que es donde los individuos se hallan más inermes aún respecto de la defensa física. Por ello, en la construcción de la subjetividad, donde la negociación con el espacio público es forzada, la violencia extrema en la que vivimos está dada por la complementariedad antes indicada: una violencia simbólica, de significados, que establece un medio ambiente, y, por otra parte, *a posteriori*, una violencia física que al azar confirma la precedente. Azar que es aquello que hace de lo trágico, de la tragedia, una fuerza difícil de confrontar. Lo incierto de la tragedia va mano a mano de la fatalidad que caracteriza la perspectiva trágica: no sólo lo peor nunca es seguro, sino que ello deviene norma ambiental, ecológica.

El *efecto Rawitz* en definitiva nos expone en la debilidad más extrema de nuestra subjetividad: allí donde la legitimidad colectiva de lo que hacemos se mezcla con la identidad de aquello que creemos ser —y el vínculo, el camino de ida y venida entrambos, es este sentido de tragedia. El destino/destinación resulta menos importante que el hecho que en un momento bascula todo nuestro conocimiento —y expectativa— en torno un aspecto que pasamos a considerar como fundamental: es el *efecto Rawitz*.